

poco de cielo en medio de las nubes de su vida. Registrando el alma de los grandes hombres, cosa rara es no descubrir en algun amor misterioso el vivo y oculto manantial de la inspiracion, de la tristeza ó de la felicidad. Cuando este manantial no ha corrido en la juventud, corre en la madurez y hasta en la ancianidad; pero entónces se trasforma en sentimiento exaltado y místico, que más tiene de piedad que de amor, y que se funde en una especie de devocion divina, para tener el derecho de ser eterno; sentimiento muy comun en aquella epoca en Italia. Concédesele al hombre sensible ó al genio avanzado en edad para consolarle por su juventud perdida y para que una la vida actual á la futura en un solo amor. Platon, Dante y Petrarca son los teólogos y poetas de este amoroso misticismo. Miguel Angel, maduro ya y envejecido, pero jóven siempre de savia y de corazon, discípulo de Dante y de Petrarca, habia encontrado para su felicidad, como aquellos grandes hombres, su Laura y su Beatriz; y ocupa demasiado lugar en su vida, en sus obras, en su fe y hasta en su misma eternidad, para poder separar dos nombres que por mucho tiempo no formaron mas que un alma.

XV.

Existia en Roma, en el momento en que Miguel Angel labraba el grupo de la *Pietà*, tallaba el Moises y descubria los frescos de la capilla Sixtina, una jóven de la noble casa de los Colonna. Era su madre hija del Duque de Urbino, uno de los proctetores de Miguel Angel adolescente, cuando siguió á los Médicis en su destierro fuera de Florencia. Llamábase la jóven Victoria Colonna, nombre que despues fué

Immortal por el amor, la poesia y la virtud. La naturaleza la habia dotado de esa belleza á la vez majestuosa y tierna, que parece han robado las modernas romanas á las estatuas griegas que decoraban sus templos y museos. Sus medallas, que aun poseemos, ostentan perfiles de la Vénus de Chipre velados por la púdica severidad del cristianismo. Modelada su alma por los tipos heroicos de la antigüedad, cultivado su espíritu desde la infancia por los filósofos, teólogos, poetas y artistas familiares de la opulenta casa de los Colonna, habian hecho de la hermosa Victoria el milagro de Italia.

A los diez y siete años casó con el jóven Marqués de Pescara, de la misma edad que ella, y al que estaba prometida desde la cuna. Los esposos eran dignos el uno de el otro, uniéndoles tierno amor más aún que la voluntad de sus familias. Pero el heroísmo arrancó al Marqués á los pocos años de matrimonio de los brazos de su esposa. General de los ejércitos españoles de Nápoles, ilustre desde las primeras campañas por sus proezas, hecho prisionero en 1512 en la batalla de Rávena, una correspondencia amorosa escrita en verso entre su esposa y él, les reveló talento poético, único consuelo en la cautividad y viudez.

Doce años de guerra le hicieron el primer general de su siglo y escudo de Italia. Los príncipes italianos, protegidos por su espada, le ofrecieron el reino de Nápoles, si queria volver sus armas contra el Rey su soberano. Enterada de la tentacion Victoria Colonna, le escribió la siguiente carta en que la virtud habla en aquellos tiempos corrompidos el digno lenguaje de la antigüedad:

«Recordad, le escribía, la virtud que os eleva sobre la fortuna y la gloria de los reyes. No por la

grandeza de los estados ó de los títulos, sino por la virtud sola se adquiere el honor que glorifica legándolo á los descendientes. Por mi parte, no deseo ser esposa de un rey, sino del gran capitán que supo vencer, no solamente por su valor durante la guerra, sino por su magnanimidad en la paz, á los reyes más poderosos.»

Herido en la batalla de Pavía en 1525, murió á poco en Milan. Su viuda, que acudía desde Nápoles para traerle á la vida, supo su infortunio en el camino. El dolor la tuvo muda durante siete años, no exhalando sus gemidos más que delante de Dios y de la imagen de su esposo, en poesías comparables á las *Tristes* de Ovidio, pero en las que el sentimiento iguala á la amargura de las lágrimas y á la unción de la plegaria. Tan fuerte como Dante y ménos ingeniosa que Petrarca, Victoria Colonna exhala sus quejas y no las canta. Sus versos sollozan como su corazón; sus estrofas no tienen otra armonía que el lamento de la cuerda que vibra rompiéndose bajo el impulso. Aunque solamente contaba treinta y cinco años, y se encontraba en el esplendor de su belleza y de su vida, deseada por todos los príncipes de Italia, juró permanecer viuda. Su dolor, dulcificado por el tiempo, se había convertido en melancolía piadosa, que solamente buscaba reposo en las sombras del claustro. El sentimiento espiritualizaba sus poesías alzándolas cada vez más de la tierra. Aquel casto amor á las caras memorias había tomado el perfume, la impalpabilidad y transparencia de las nubes de incienso del santuario flotando entre una tumba y el cielo, como las nieblas de la noche sobre campo de muerte.

Tal era la mujer á quien el entusiasmo por sus obras acercaba á Miguel Angel en la edad en que el

amor que se retira del corazón deja un vacío que solamente pueden llenar estas últimas y raras amistades.

XVI.

Las frecuentes ausencias de Victoria y los viajes de Miguel Angel á Florencia, interrumpían con frecuencia la deliciosa familiaridad de sus veladas en el palacio del Condéstable Colonna; pero reemplazaban las conversaciones con cartas y poesías, de las que conservan muchos rastros las bibliotecas de Italia. Las poesías de Miguel Angel, elevadas por el amor al diapason místico y platónico de la mujer que purifica su alma al abrazarla, tienen en sus versos algo de viril, de rudo é inacabado que recuerda el golpe de cincel magistral y no terminado del busto de Bruto. Siéntese el primer vuelo, pero primer vuelo de pensamiento enérgico; y causa asombro ver que la fuerza del Titan del mármol y del pincel pueda plegarse, enternecerse y afeminarse hasta el delirio místico y la devoción lánguida del amor divino.

Vese en aquel genio viril la influencia de una mujer cuyo tipo de belleza moral ha procedido insensiblemente de su tipo de belleza física, y que le arrastra con su ejemplo á las cumbres del pensamiento contemplativo, último reposo de los corazones amantes y de los espíritus cansados de la vida.

Solamente citaremos algunos versos de aquel diálogo poético que interrumpió la muerte de Victoria Colonna; muerte que oscureció para siempre el horizonte sombrío ya de la larga vida de Miguel Angel. La soledad de su alma fué en adelante conversacion póstuma con el *alma querida* con la que

ardía en deseos de reunirse en el Eliseo cristiano.

Pero antes de elevarse en pos de Victoria Colonna hasta las alturas místicas del amor divino que le reveló, Miguel Angel había amado en su juventud. El amor le hizo poeta; y podríamos decir, el amor engendra la poesía; porque el sentimiento más fuerte y delicioso del alma, busca naturalmente para expresarse el lenguaje más suave, armonioso y pintoresco de todos los lenguajes. La prosa nace de la inteligencia, el verso brota cuando se abre el corazón.

Un escritor que se equivocó de fecha al nacer, que debió ver la luz en el siglo de Leon X, cuyo celo y estudiosa curiosidad por las letras y las artes posée, el Conde de Circout, que también es el más literato de los eruditos, descubrió el objeto, hasta él desconocido, de los primeros versos de Miguel Angel. Misterio literario es este no menos curioso de sondear que el de Laura por Petrarca, ó el de Beatriz por Dante. Muchas veces el secreto del genio de un gran hombre se encuentra en su corazón. Pedimos al señor de Circout permiso para citarle: el tesoro pertenece en primer lugar al que lo encuentra, pero en seguida aprovecha á cuantos gozan de él.

XVII.

El estudio de la historia ofrece extraordinario encanto cuando lleva á levantar el velo que la falta de atención ó el olvido suelen echar sobre figuras nobles y graciosas que merecieron excitar el interés, y á veces, hasta recoger los aplausos de la posteridad. En estos casos descúbrese las misteriosas fuentes de la inspiración que admirábamos desde

mucho ántes. Remontámonos á las causas desconocidas ó mal interpretadas de acciones célebres de escritos clásicos y de resoluciones cuyo eco se propaga á través de las edades; lo vago de la pintura poética cede el puesto á formas positivas, y lo que solamente aparecía como brillante fantasma se transforma algunas veces en viviente realidad.

»Entre los títulos de gloria que tan alto ponen el nombre de Miguel Angel Buonarroti, el ménos popular es el que procede de sus obras poéticas; sin embargo, jueces competentes otorgan á estas composiciones no solamente profunda estimación, sino que también muchas veces admiración entusiasta. Miguel Angel vivió durante la edad de oro de la lengua toscana. Entre los poetas que llenan el espacio vacío entre la publicación del *Orlando* y la de la *Aminta* (primeras en orden de fechas de las obras maestras de Torcuato) ninguno se eleva tal vez al nivel de Buonarroti. Estudiando sus escritos, reconócense en ellos todos los caracteres esenciales de su genio, tales como sus mármoles, sus frescos y los edificios que levantó su mano los han revelado al universo. Su poesía es exuberante, viril, enérgica, nutrida de elevados pensamientos, grave y severa en la expresión. Berni escribía con razón: «Esta dice cosas, otras dicen palabras.» El poeta aparece siempre en plena posesión de sí mismo: el entusiasmo le levanta y arrebata, pero no le extravía jamás. Admirase en aquel talento constitución recta, sana y fecunda, constante equilibrio de las pasiones, de los deseos, de las concepciones, algunas veces ardor, nunca delirio. Ninguna de las cualidades necesarias al artista perjudica á las que forman el pensador y gran ciudadano; como en las leyes literarias de la antigua Grecia, en todo reina

consonancia y moderación. En medio de las pasiones é ilusiones de su tiempo, Miguel Angel supo conservar el timón «de aquella preciosa navecilla que cantaba al bogar (1)» Cristiano sincero, humilde y con tendencias á la austeridad, consiguió mantenerse libre de toda superstición; republicano decidido, evitó todo fanatismo popular, soportando, durante el asedio de Florencia, la honrosa hostilidad de los *Arrabiati* (2); admirador de Savonarola, rechazó las enfermizas exageraciones del espíritu *piagnone*, y permaneció fiel al culto del arte; en fin, comensal de Leon X, escultor favorito de Julio II, jamás se dejó seducir por la embriaguez pagana del Renacimiento. Desde su primera juventud estaba irrevocablemente trazado el cuadro en que habia de fijar tantas concepciones sublimes.

»Pero en las obras poéticas de Miguel Angel, como en sus esculturas y dibujos, existe un lado gracioso y delicado; fuego de ternura viril y profunda circula, por decirlo así, por todos los miembros de aquel cuerpo maravilloso. Nunca fué puesta en duda su regularidad de costumbres, que desde muy temprano tuvieron carácter de severa austeridad. ¿Pero experimentó en sus juveniles años el poder de verdadero amor? Nada tendremos que contestar á quienes, despues de leer atentamente sus escritos, no vean en ellos otra cosa que juegos de espíritu, productos de vana fantasía. A los que pensando como nosotros que la claridad y energía de la ex-

(1) Dietro al mio legno, che cantando varca.
(DANTE.)

(2) El inepto y violento gonfalonero Carducci trató á Miguel Angel con irriante indignidad, haciéndole buscar momentáneo asilo en Ferrara.

presión suponen realidad y profundidad de sentimiento; á los que sobre el metal precioso de aquella versificación clásica descubren huellas ardientes de pasión que dominó el pecho é imprimió nuevo rumbo á los pensamientos del escritor, les proponemos nos sigan algunos momentos y buscaremos los vestigios históricos que haya dejado el objeto de aquel afecto tan misterioso como permanente y sincero. Examinaremos en seguida de qué manera lo expresó Miguel Angel en sus *Rimas*; qué orden de ideas religiosas y filosóficas se desarrollaban en su espíritu enlazadas estrechamente con el ardor que penetraba su corazón, y en fin, qué influencia debió ejercer un amor cuyo objeto tan pronto abandonó esta vida, sobre la duración de una carrera que se prolongó más de sesenta años aún con tan intenso resplandor (1).

»El conocimiento más ligero del carácter de Miguel Angel hace comprender que no podía, según la frase de su época, «haber colocado su corazón sino en lugar muy elevado.»

»Así es que, cuando se hacen conjeturas se dirigen hácia la casa del primer ciudadano de Florencia y de Italia, en la época en que Miguel Angel entraba en la vida; hácia la familia del nieto de Cosme «padre de la patria,» del hombre á quien la desinteresada voz de los extranjeros y de la posteridad ha confirmado lo que sus contemporáneos le atribuían, á saber, el honor principal y más brillante en la grande obra del renacimiento científico y literario italiano.

»Lorenzo el Magnífico, nacido en 1450, casó con

(1) Miguel Angel vivió hasta principios del año 1564, setenta despues de la muerte de Luisa de Médicis.

Clarisa Orsini en 1468, de cuyo matrimonio nacieron (además de los otros que perdió en la cuna) tres hijos y cuatro hijas. Pedro sucedió en dignidades á su padre en 1492 y las perdió en 1494. Juan subió al trono pontificio y fué el ilustre Leon X; Guliano murió Duque de Nemours y «príncipe del gobierno» de Florencia. De las cuatro hijas, Magdalena casó en 1487 con el Conde de Anguillara, Francisco Cybo; Lucrecia con Giacompo Salviati, y Contessina con Pietro Ridolfi. Luisa era la más jóven, segun algunos; pero el Conde Pompeyo Litta la coloca, en orden de nacimiento, inmediatamente despues de Magdalena. Clarisa Orsini murió en 1488, y Lorenzo permaneció viudo, reuniéndose en la tumba con su esposa cuatro años después. Carecemos de datos para fijar la edad de Luisa en la época de este funesto acontecimiento; pero como por entónces se trataba de su matrimonio, no podemos asignarle menos de quince ó diez y seis años. Nació Miguel Angel en 6 de marzo de 1475, tenía diez y siete años menos un mes cuando perdió al generoso protector de su tierna juventud.

»En 1490 comenzó á vivir en casa de Lorenzo el Magnífico. Entrado en 1.º de Abril de 1488 como aprendiz en el taller del «maestro de pintura» Domenico di Tomaso del Ghirlandajo, asombró con sus rápidos progresos y el fuego de su imaginación al sabio y reflexivo artista que le enseñaba. Viéndole Ghirlandajo disposiciones más pronunciadas para la escultura que para la pintura, se apresuró á recomendarlo á Lorenzo, que, en sus jardines situados cerca del convento de San Marcos, se esforzaba entónces en crear una escuela capaz de devolver á Florencia los gloriosos días de los Ghiberti y los Donatello. No fué cosa fácil al príncipe del gobierno

florentino arrancar aquel niño de genio á la avaricia de su padre Ludovico Buonarroti; pero un empleo en la administración de hacienda del Estado concedido al padre y cincuenta ducados mensuales asignados al hijo, que Ludovico cobraría, vencieron los escrúpulos del viejo ciudadano, y Miguel Angel, adoptado, por decirlo así, entre los hijos de Lorenzo, pudo compartir agradablemente las horas entre el ejercicio de su arte favorito y las lecciones que Pedro, Juan y Julian recibían en la «Academia platónica» dirigida por el ilustre Policiano.

»Esta sociedad, cuyo fundador y alma era Lorenzo, contaba en su seno algunos hombres que han legado sus nombres á la posteridad, y otros muchos que, menos distinguidos ó menos afortunados, ejercieron sin embargo útil influencia en el renacimiento de los buenos estudios y en la propagación de los conocimientos que pueden adquirirse en las obras de la antigüedad. En el número de los primeros ocupan los puestos más elevados Policiano, Pico della Mirándola, Leon Battista Alberti y Marsilio Ficino. Lorenzo hacía asistir á sus hijos á las doctas disertaciones de la Academia. Miguel Angel las escuchaba con Pedro y el Cardenal Juan, mostrándole Policiano cariñosa consideración. Las sutilezas de la metafísica griega y el lenguaje técnico de la lógica repugnaban al espíritu claro y libre de Buonarroti; pero las sublimes concepciones y majestuosa expresión de la Abeja ática encontraban maravillosas afinidades en el jóven florentino. Estos estudios desarrollaron en Miguel Angel el genio poético de que ha dejado admirables pruebas en sus mármoles, en sus cartones y en sus escritos.

»No eran solamente el afectuoso interés de Lorenzo, la familiaridad de los hijos de éste y los

atentos cuidados de Policiano los que, en la casa de los Médicis, inflamaban el ánimo de Miguel Angel; en aquel mismo tiempo resonaban enérgicas enseñanzas en austero púlpito, muy inmediato á los deliciosos jardines de Valfondo. Girolamo Savonarola, célebre dominico de San Marcos, estaba en el apogeo de su reputacion y de su crédito en el pueblo de Florencia, y sin contrariar abiertamente el de Lorenzo, comenzaba á balancearlo. Miguel Angel leía con gran veneracion, dice el más exacto de sus biógrafos, los escritos de aquel fraile tan apasionado como elocuente, aprendiendo de él á buscar en las Escrituras las fuentes directas y purísimas de la elevada inspiracion. Durante toda su vida tuvo siempre Buonarroti en la mano el libro sagrado y el de Dante, que consideraba como especie de comentario de aquel, filosófico, teológico y especialmente poético. El ardiente amor al arte contenía en justos límites el efecto que las exhortaciones de Savonarola producían en el alma recta y grave del jóven escultor; no siguiendo al dominico ni en su guerra fanática á las obras del renacimiento artístico y literario, que desplegaba entónces toda la riqueza de su primavera, ni en las aberraciones políticas que, despues de la muerte de Lorenzo, tuvo la desgracia de hacer prevalecer en las plazas públicas de Florencia y hasta en el seno de sus Consejos.

»En medio de aquella vida tan ocupada y ya tan fecunda, que el crepúsculo de una gloria casi sin igual iluminaba de antemano con algunos rayos precursores, parece que Miguel Angel abrió su corazón á sentimientos de amor tan verdadero y elevado como las demás emociones que dominaban su alma y dirigían sus facultades: créese que Luisa de Médicis fué su objeto. Como ya hemos dicho, en las prime-

ras poesías de Miguel Angel deben buscarse los documentos imperecederos de aquella ternura, á la que ni aun las ilusiones propias de la juventud debieron dar jamás, ni por un solo momento, esperanza de la union que hubiese podido coronarla. La orgullosa timidez de Miguel Angel se combinaba con el respeto y gratitud para prohibirle hasta la más ligera designacion, ni siquiera indirecta, de la mujer á quien sus afectos ligaban con cadena que sólo la muerte podía romper; no veremos en las poesías de Buonarroti ningun artificio de los que Petrarca acostumbraba á usar para hacer inteligible el nombre de Laura; de los que más tarde se servía Camoëns para celebrar á doña Catalina, y de los que el desgraciado Tasso lamenta más adelante con tanta amargura haberse separado cuando, en la embriaguez de sus ilusiones, escribió al fin el nombre de Leonor. Rara vez y en forma muy ligera alude Miguel Angel á la excesiva juventud de la que ama (1); una sola vez habla de sus rubios cabellos (2). Nunca escribe una palabra que pueda recordar la diferencia de rango que existía entre ellos, el brillo que habia rodeado la cuna de una hija de aquel gran ciudadano que la Italia entera parecía haber nombrado árbitro de sus combinaciones políticas. Miguel Angel solamente habla de la encantadora belleza que le ha subyugado, con «su gracia serena, sello seguro de la nobleza é inocencia de su alma cuya consonancia con su Creador

(1) Al corpo umano
Mal segue poi... d' un' angeletta il volo.
(Soneto 5.)

(2) Sovra quel biondo crin.....
(Soneto último.)

tan perfecta es, (1)» y nunca deja sospechar que aquel amor haya recibido la más pequeña esperanza. Hase creído, sin embargo, que Luisa había adivinado la pasión de aquel joven cuyo genio no revelaba aún ninguna obra importante y que le recompensó con tierna amistad. Ciertamente es que en arrebatado de profunda gratitud, Miguel Ángel escribió este hermoso verso.

Unico spirto e da me solo inteso! (2)

y que en otra parte da gracias «á aquellos hermosos ojos que le prestan su dulce luz, al genio que levanta el suyo hácia el cielo, al apoyo que asegura su vacilante marcha (3).» Mas, deteniéndose en seguida en estas semirevelaciones, el poeta multiplica por el contrario las quejas que le arrancan la frialdad y aparente indiferencia de aquella cuya belleza celebra (4) y que sabrá hacer inmortal. Exclama también que rara vez ha gozado de su presencia estando encadenada á ella toda su felicidad:

«Vos lo sabeis, ni la ocasión ni la costumbre han servido á mi pasión; raro es que mis ojos se iluminen con el fuego que brilla en los vuestros, velados por una reserva á la que apenas osa acercarse el deseo (5); una sola mirada fijó mi destino, y solamente os he visto en realidad una vez (6).»

»Dicen algunos que la divina mano de Miguel An-

(1) Soneto 3.

(2) Soneto 16.

(3) Veggio co, bei vostri occhi un dolce lume.
(Soneto 12.)

(4) Véase especialmente el soneto 21:
Poiché d'ogni mia speme il verde é spento...

(5) gli occhi vostri
Circoscritti ov'appena il desir vola.

(6) Madrigal 5.

gel pintó el retrato de Luisa de Médicis. Y efectivamente, este nombre se daba en el pasado siglo á una cabeza de joven «más agradable que verdaderamente bella,» escribe el padre Della Valle (1), obra en la que se creía reconocer el dibujo de Buonarroti, con color más vivo y dulce que sus otros cuadros de caballete. Uno de los rasgos más constantes del carácter de Miguel Ángel era su repugnancia á pintar retratos; pero esculpió muchos, y conocemos positivamente como tales el de Julio II, que se perdió en el palacio de Ferrara, y el de Gabriel Faörne, que se conserva en el museo del Capitolio. Sabemos también que accedió á dibujar en tamaño natural el retrato del noble y agudo Messer Tomaso de Cavalieri; pero este fué raro favor: «Porque, decía, aborrezco la obligación de copiar lo que en la naturaleza no tiene belleza infinita.» Por otra parte, en el soneto 49, dirigiéndose al objeto de su pasión, le recuerda que las obras de arte están dotadas de una vida, de una juventud, por decirlo así, eternas. «Tal vez, añade, podría prolongar mucho más allá de la tumba tu vida y la mía, empleando, si tú quieres, *los colores* ó los mármoles si los prefieres, para fijar las facciones de nuestros semblantes y la expresión de nuestro cariño (2).» En otra parte escribe:

«Mientras pinto sus facciones, ¿cómo no imprimir en su rostro la palidez que desfigura el mio, y que

(1) Quien cita además la autoridad de Richardson, autor de notas y teorías sobre bellas artes, muy estimadas en el siglo pasado.

(2) Forse ad amen due noi dar lunga vita
Posso, o vuoi nei colori, o vuoi nei sassi
Ressemando di noi l'affetto e'l volto.
(Soneto 81: Confesser, donna puote...)

procede de su rigor conmigo (1).» Pero en otras muchas poesías de Miguel Angel se habla de una estatua, ó más probablemente de un busto, en el que el joven artista trabaja con entusiasmo y desaliento.

«Temo, dice, hacer brotar del mármol, en vez de su *imagen*, la de mis facciones abatidas y desgraciadas (2)...» Y cuando se acercaba al término de su obra: «Hé aquí, escribe, una piedra animada, que pasados mil años todavía parecerá respirar. ¿Qué debería hacer el cielo por ella, por ella que es obra suya, mientras que el retrato es solamente mía; por ella, que el mundo entero, y no yo solo, considera como diosa más bien que como mortal? ¡Y sin embargo, la piedra queda, mientras que ella va á partir! (3).»

»Quizá también con ocasión de este trabajo escribía los misteriosos y encantadores versos cuyo sentido es difícil de interpretar de otra manera:

Qui risi e piansi...

«Aquí sonreí y lloré, aquí con infinito dolor vi

(1) In danno suo costei,
Sovrá la belle bella,
Mi fa doglioso... e spesso
Dicemi che'l palor mio dal cor viene.
Mentr'io dipingo lei,
Qual la faró s'afflittio ella mi tiene?

(Madrigal 23.)

(2) S'avvien talor che in pietra un rassomigli...
(Madrigal 21.)

(3) Si una pietra viva.....
.....
E pur si parte, e picciol tempo dura;
Un sasso resta, e costei morte affretal
(Madrigal 38.)

alejarse al fin de *esta piedra* la que me arrebató á mí mismo, y despues no me quiso» (1).

»El busto de Luisa de Médicis, si realmente salió de las manos de Miguel Angel, tuvo la suerte de tantas obras maestras de las que parece no hablaron con tanto entusiasmo sus contemporáneos sino para aumentar nuestro sentimiento por su pérdida, y que las investigaciones más perseverantes no han podido encontrar despues de su desaparición, causada por los desastres de Florencia y por la culpable negligencia que siguió en toda Italia al periodo de que Buonarroti fué principal ornamento.

»Si el soneto diez y nueve de Miguel Angel se refiere efectivamente á Luisa de Médicis (2), necesario es creer que aquella alma altiva, tan sobria consigo misma de esperanzas como henchida de generosa ambición, acarició por un momento la ilusión de felicidad duradera; pero golpe terrible tanto como imprevisto desvaneció en seguida sus pensamientos: Lorenzo el Magnífico, cuando apenas contaba cuarenta y dos años, sucumbió en su casa de Careggi, víctima de corta enfermedad, cuyo inevitable término conoció con resgaación desde el primer

(1) Qui risi e piansi, e con doglia infinita
Da questo sasso vidi far partita
Colsi ch'a me mi tolse, e non mi volse.

(Soneto 20.)

(2) «Mas tal vez tu compasión contempla con más justicia de la que al principio creí mi amor leal y puro, y esta pasión que tus miradas han encendido en mí por las bellas acciones.

«¡Oh dichoso día, si alguna vez llega para mí ¡que en este instante se concentren mis días y mis horas! ¡que para prolongario olvide el sol su acostumbrada carrera!»

(Soneto 19: Se nel volto per gli occhi il cuor si vede...)

instante. Con Lorenzo de Médicis bajó á la tumba lo que aun quedaba de puro en su familia, lo que quedaba de sólido á la prosperidad de Florencia, y lo que tenia de firme la fortuna del jóven Buonarroti.

»Ninguno de los tres hijos que dejaba Lorenzo era capaz de reemplazarle. El cardenal Juan poseia cultivado talento, afables modales y vasta ambicion; pero, agobiado ya, á pesar de su juvenil edad, bajo el peso de sus beneficios y dignidades eclesiásticas, perseguia en la corte de Roma la alta fortuna cuya probabilidad comenzaba á entrever. Julian, nacido en 1478, era todavia un niño en el que se adivinaban cualidades amables y hasta generosas, bastardeadas por el orgullo, vicio hereditario de su casa. En cuanto á Pedro, el nuevo príncipe del gobierno (porque sucedió, sin oposicion en la autoridad mal definida, y más conveacional que regularmente constituida que poseyeron su padre y sus antepasados), no revelaba más que ineptitud, imprevisión y necia vanidad. De veintiun años de edad, encontrábase casado con Alfonsina Orsini, confiando equivocadamente en el apoyo que por medio de su matrimonio obtendria de una de las razas más guerreras y poderosas de la Italia meridional. Miguel Angel comprendió que le convenia abandonar la morada de los Médicis, en la que Pedro, con espíritu demasiado vulgar para apreciarlo, mostraba bastante bajeza para hacerle sentir duramente su proteccion. Volvió, pues, á la casa paterna, y aunque continuaba mostrando pronunciado afan por los intereses legítimos de los Médicis; aunque aun le empleaban algunas veces (pero no siempre de modo serio) los jóvenes de aquella familia, la separacion fué definitiva y desde entónces se desarrollaron en completa libertad las convicciones

republicanas del jóven artista. La coleccion poética de Miguel Angel nos muestra cuán cruel fué para su corazon el alejamiento de la casa donde Lorenzo de Médicis le dió tan grata hospitalidad, porque habia de hacerle casi extraño al menos á las miradas y á la conversacion de la que amaba con tan profundo ardor.

«Separado de vos, ¿cómo he de tener fuerza para dirigir bien mi vida si, al partir, no puedo implorar vuestro socorro?

.....
 »Por temor de que la ausencia condene al olvido mi leal abnegacion, en recuerdo de mis largas aflicciones, tomad, señora, tomad en prenda este corazon que ya no me pertenece (1).»

»Y en otro lugar:

«El que se aleja de vos no puede esperar ya luz: el cielo no está donde vos no estais (2).»

»Acercábase entre tanto el momento en que, segun las costumbres del país y las combinaciones de las familias, debia fijarse la suerte de Luisa. Discutiéronse proyectos de matrimonio para ella, vaciándose entre dos hermanos, descendientes de Juan de Médicis, tronco comun de la casa dominante, y de la que tomaba el nombre de su antepasado especial, Lorenzo. Hermano éste de Cosme el Viejo, tuvo de Ginebra Cavalcanti á Pier Francesco, quien á su vez fué padre de Lorenzo y de Juan, que ya se encontraban en edad madura y se les contaba entre los ciudadanos más importantes de Florencia. Sin embargo, no se verificó el matrimonio; diciendo algunos que Luisa supo dilatar la celebracion hasta

(1) Madrigal 11.

(2) Madrigal 9.

que una desavenencia, ocasionada por oposicion de intereses, alejó definitivamente á Pedro de los dos hermanos, con especialidad de Juan, en quien se habia fijado con preferencia. Otros han creido que los obstáculos á la union propuesta partieron solamente de Juan y de su hermano, quienes siguieron en efecto á los principales ciudadanos de la república en la oposicion que comenzaba á la torpe administracion de Pedro. Otros en fin han asegurado que Luisa quedó prometida á Juan, pero que no vivió hasta el tiempo señalado para la boda. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que de todas las hijas de Lorenzo, solamente Luisa cambió la casa paterna por la tumba.

»Los historiadores dicen que murió pocos dias antes de la catástrofe que derribó el gobierno de Pedro, condenando á toda la descendencia de Cosme el Viejo á destierro que duró diez y seis años: por consiguiente, muy avanzado ya el otoño de 1494 abandonó Luisa la vida. En medio de las apasionadas preocupaciones que prepararon y de las convulsiones que siguieron á la revolucion florentina, la extincion de aquella suave luz no produjo sensacion.

»En aquel momento no se encontraba en Florencia Miguel Angel, habiendo roto la muerte de Policiano el último lazo que le sujetaba á las obligaciones contraidas en su primera juventud. Su penetrante espíritu le hacia prever la caída de los Médicis, y no queriendo renegar de sus antiguas afecciones, ni hacerlas prevalecer sobre sus deberes de ciudadano de un Estado libre y que importaba sustraer á insensata direccion, decidió en esta alternativa alejarse por algun tiempo; yendo en primer lugar á Venecia, despues á Boloña, donde la buena acogida

de Aldobrandi le retuvo un año entero, y quizá algo más.

»Al salir de Florencia, conocea sin duda Miguel Angel la enfermedad de Luisa; así es que sus poesias nos muestran al jóven artista agobiado bajo el peso de sus lúgubres presentimientos:

«Estad ciertos, ojos míos, de que el tiempo ha pasado y se acerca la hora que debe cerrar el pasé á vuestras miradas y hasta á vuestras lágrimas. Por compasion á mí, continuad, continuad abiertos mientras esa mujer divina se digna habitar la tierra. Mas cuando el cielo se abra para recoger esas bellezas únicas y puras, cuando suba á la mansion de las almas felices y gloriosas, cerraos entónces (1).»

»En Venecia (al ménos debemos creerlo así) supo la muerte de Luisa de Médicis. Expresion de dolor profundo y viril resignacion revelan las poesias que brotaron de su alma oprimida, aunque familiarizada ya con la amargura, porque sabia que «la muerte y el amor son las dos alas que elevan al hombre de la tierra al cielo» (2).

»En la coleccion de Miguel Angel existen cuatro composiciones que pueden considerarse como dedicadas á la memoria de Luisa de Médicis: en primer lugar el soneto (3):

Spirto ben nato...

en el que el poeta deplora «la ley cruel que no ha perdonado ternura, compasion, merced, tesoros tan

(1) Madrigal 40.

(2)Chi ama, qual chi muore,
Non ha da gire al ciel dal mondo altr' ale,
(Soneto: Dall' aspra piaga...)

(3) El 26 de la coleccion.

raros unidos á tanta belleza y á fidelidad tanta (1)»; despues los sonetos 28 y 30, es los que, como enardecido por la irreparable pérdida que le habia herido, levanta el velo en que las circunstancias é ilusiones de su amor se habian envuelto hasta entónces para todos y casi para él mismo. «Ahora, exclama, este *primer amor*, que habia fijado mis afecciones errantes agobia con peso insoportable mi alma fatigada (2)... Si, el cielo me ha privado del esplendor de aquel incendio que alimentaba mi corazón consumiéndole; pero fecunda chispa queda, y no quisiera ser reducido á cenizas hasta despues de haber brillado noblemente á mi vez.»

XVIII.

Continuemos:

Acento de juventud y vaga esperanza distingue las poesías en que Miguel Angel canta su primer amor, de los versos que, en edad más avanzada de su vida, le inspiró Victoria Colonna, versos que tienen, por decirlo así, el melancólico desaliento de la tierra, y la santidad de los himnos que se cantan en el santuario á la luz de los cirios de la noche. Solamente citaremos algunos fragmentos. No son las obras sino el toque lo que el lector va á conocer en el grande artista.

El amante, el poeta y el estatuario se revelan á la vez en el tercer soneto de Miguel Angel, que vamos á intentar traducir:

(1) Amor, pietá, mercé.
..... Con tanta fede

(2) Quel primo amor, che mi diè posa é loco...
(Soneto 23.)

«El atractivo de ese hermoso rostro me eleva hácia el cielo, porque ningun otro encanto de la tierra deleita mi vista, y gracias á esa belleza, subo vivo todavia, entre los espíritus celestes, favor que á tan pocos mortales se concedió aquí abajo!

»La obra, divina en sí misma, como tal se muestra al obrero, arrebatándome hácia ella con impresiones tan sublimes, que allí encuentro como en manantial inagotable, mis ideas, inspiraciones, obras y palabras en el fuego en que me abraso ante el angélico modelo!

»Si no puedo separar mis miradas de sus ojos, es que solamente en ellos descubro mi verdadera luz, la luz que ilumina mi camino hácia Dios!

»Y si me consumo deliciosamente en su claridad, es que siento reflejar en mi propia llama la inextinguible alegría que dilata perpétuamente en el cielo el corazón de aquellos que gozan de la eterna belleza!»

Y en otra parte, indudablemente por Luisa de Médicis, cuando labraba su perdido busto:

«¿En qué consiste ¡oh mujer! que una imágen viviente escu'pida por el cincel en piedra ruda y áspera de las montañas, sobreviva á aquella de quien fué obra y que á su vez dura tan pocos dias?

»El efecto se sobrepone, pues, aquí á la causa, y la naturaleza queda vencida por el arte. Yo lo sé, yo, el amigo y confidente de la sublime escultura, yo que diariamente veo cómo huye el tiempo engañando mi confianza en él!

»Tal vez pueda yo, amor mio, darnos á los dos larga vida, sea en el lienzo, sea en esta piedra, grabando en ella nuestra alma y nuestras facciones!

»De suerte que mil años despues de nuestra partida de la tierra, se comprenda cuán hermosa fuiste y cuánto te amé y qué imposible hacia la naturaleza que no te amasen!»

La muerte de Victoria Colonna vino á ser texto habitual de sus últimos cantos.

«Cuando aquella hácia quien volaban todos y tantos suspiros míos, por voluntad divina fué arrebatada de la tierra al firmamento, la naturaleza, que nunca se admiró en rostro más hermoso, se mostró entristecida, y todos los que la habían visto lloraron.

»¡Oh destino cruel de todas mis aspiraciones engañadas! ¡Oh esperanzas desvanecidas! ¡oh alma libre de toda ligadura! ¿dónde estás ahora? ¡La tierra ha recogido tu hermoso cuerpo, y el cielo tus santos pensamientos!...»

Su soneto 22 al *Dante*, demuestra que su culto al genio igualaba á su culto á la belleza, ó más bien, como se ve en su adoracion á Victoria Colonna, que el genio y la belleza eran para él un solo culto.

«Lo que habria que decir de él, jamás podrá decirse, porque su genio se enciende en esferas demasiado altas para los mortales; y es más fácil humillar al pueblo vil que lo ultrajó, que elevarse hasta el elogio de tal poeta!

»Bajó á los reinos del pecado para darnos leccion de nuestras faltas; despues nos levantó hasta el mismo Dios. El cielo no rehusó abrir sus puertas á quien la patria le cerró las suyas!

»¡Ingrata patria, que al hacer su desgracia labras tu propia vergüenza, y que muestras así otra vez

que para los más perfectos y fuertes reservas tus miserias más gloriosas!

»¡Que sirva su ejemplo á mil, puesto que nunca existió destierro tan indigno como su destierro, como jamás existió en la tierra proscrito tan grande como él!»

Vese que Miguel Angel esculpía con la pluma como con el cincel, y que su alma se construía para sí misma estatuas tan viriles como su busto de Bruto.

En el soneto siguiente vuelve á su amor y su luto, y reta al destino á disipar más aún sus esperanzas, en una imagen digna de los profetas.

«¿Qué pueden la sierra ó el gusano contra la encima reducida ya á cenizas? exclama. ¿Y no es grande infamia en tí, oh destino, cebarte en el que ha perdido ya el soplo de la vida?»

Otra invocacion al amor por el recuerdo, en el soneto 24, cambia en piedad aquel amor imperecedero que la muerte acerca á su posesion eterna.

«¡Vuélveme á los tiempos felices, amor! ¡Devuélveme el rostro angelical cuya desaparicion ha arrebatado su gracia y poder á toda la naturaleza!

»Y devuelve ardor para volar tras sus huellas á mis pasos, tan solos ahora y tan agobiados por el peso de los años. Devuelve á mi pecho los torrentes de lágrimas y los focos de llamas, si quieres que pueda llorar y arder aún.

»Y si es verdad que vives de los sollozos, á la vez dulces y amargos, de los mortales, ¿qué puedes esperar en adelante de un corazon esterilizado por la vejez? Ya es tiempo de que mi alma llegue á la

otra orilla, sangre de las heridas de otro amor y se consume en fuego más eterno.»

El anciano, entero en su genio á los noventa años, quedaba como resto venerado de los reinados de cuatro Médicis en Florencia, y de siete pontífices en Roma, como para velar por la construcción del edificio de San Pedro, que solamente él había sido capaz entre los hombres de imaginar y de ver concluir. Sus cartas á su amigo Jorge Vasari, en la declinación de sus años, demostraban que vivía en Roma solo, sin más familia que sus discípulos y obreros. Por consejo de Vasari, Cosme de Médicis escribió al Papa para que cuidase de que los dibujos, modelos, bocetos y reliquias sin valor de la mano del grande artista se conservasen á su familia y al mundo, en el caso de que los extraños, abusando de su avanzada edad, tratasen de dilapidar aquellos tesoros en sus últimos días ó despues de su muerte. Pero el mismo Miguel Angel, sintiendo llegar su última hora, escribió á su sobrino predilecto, Leonardo Buonarroti, hijo de un hermano suyo, para que viniese á Roma á principios de Cuaresma porque ya era tiempo de despedirse.

En efecto, apenas escrita esta carta, invadió lenta fiebre que le extinguió dulcemente como lámpara nocturna que se apaga al despuntar el día. Llamó á su confesor, á su médico y á sus discípulos y les dictó en tres líneas su testamento: «Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra y mis bienes á mis parientes. Cuidad, añadió, de recordarme en el momento de mi agonía los tormentos del Crucificado, para alentarme á la muerte con esta meditación.» Pero no necesitó que le sostuviesen sus amigos, muriendo sin angustia y como si quedase dor-

mido el 17 de Febrero de 1564 al ponerse el sol.

Florencia y Roma se disputaron sus funerales, pero venció la patria. Su sobrino sacó secretamente el cadáver en un carro cubierto para no despertar la atención de los romanos y evitar un tumulto en la ciudad, y en seguida le condujo á Florencia. El relato de los honores que tributaron allí á sus cenizas atestiguan hasta qué grado el culto de las artes, del talento y la maestría fanatizaba á los príncipes y á los pueblos en aquella época de renacimiento y de reacción contra la bárbara ignorancia de la Edad Media.

Los funerales de Miguel Angel en Florencia igualaron en pompa, concurso y solemnidad á un triunfo romano en el Capitolio. Alzaron su catafalco y colocaron su cuerpo bajo aquella cúpula de San Lorenzo, en medio de aquellas estatuas del *Día* y la *Noche*, del *Crepúsculo* y la *Aurora*, sus concepciones más divinas. Despues de aquel alto de algunos meses en su gloria, no creyendo los florentinos bastante grande aquel templo para su memoria, le labraron un sepulcro en la iglesia de Santa-Croce, panteon que guarda las tumbas de los grandes toscanos, entre los que Miguel Angel es el más grande.

Su amigo Jorgi Vasari esculpió y colocó en ella su busto. Vense en él las facciones del Fidias cristiano: frente prominente surcada por arrugas transversales, ojos hundidos en órbitas óseas, que dicen cambiaban de color según su pensamiento; sienes profundamente deprimidas por la vejez; pómulos salientes; labios sutiles y fuertemente apretados; barba escasa, corta y partida; cuello poderosamente enclavado en robustos hombros; aspecto mas rudo que noble; en suma, falta de belleza, pero energía superior á la natural: así era la envoltura de aque-

lla alma que contenía, como la de Sócrates, la belleza suprema. La naturaleza, que frecuentemente se complace en las analogías entre el espíritu y la forma, gusta algunas veces de los contrastes: misteriosa en todo, adorable en todo. Sin embargo, el fisiognomista que descifra con inteligencia el jeroglífico del semblante humano, puede aquí penetrar fácilmente el misterio. El hombre de genio puramente literario, cuyo trabajo es sentir, pensar y reproducir sus sentimientos é ideas por la palabra, puede reconcentrar todas sus facultades intelectuales en el desconocido asiento de la inteligencia, y ofrecer á los ojos, en su rostro, el lúcido y casi inmaterial espejo de su pensamiento: frecuentemente la delicadeza é inmaterialidad de su cuerpo atestiguan la fuerza de su alma: la naturaleza es poco para él, y cuanto más se emancipa su inteligencia, más espiritual es. Pero el artista que maneja el sillar y talla el marmol participa á la vez del espíritu y de la manera, del poeta y del artesano. Dios le dá en su estructura y en su rostro algo de la masa y del peso de sus piedras, y la fuerza que el filósofo ó el poeta solamente necesitan en los órganos del pensamiento, el escultor debe tenerla repartida en todos los miembros, desde la frente que concibe, hasta el brazo que mueve, y la mano que labra el mármol.

Esta es, sin duda, la explicacion de los dos bustos de Sócrates y Séneca, encontrándose en ella la razon de su rusticidad de formas: maniobras sublimes del brazo omnipotente, para hacer brotar de la materia rebelde la impalpable é inmaterial belleza.

BERNARDO DE PALISSY.

§.

«Mis numerosos años me han excitado al atrevimiento de decirlos que un dia de éstos, viendo el color de mi barba, pensaba en los pocos dias que me quedan para terminar mi carrera, y esta idea hacíame admirar los lirios y trigos de los campos y muchas especies de plantas que cambian en blancos sus verdes colores cuando van á dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Justo y razonable es que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios... Por cuya razon yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

Así se expresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, donde se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demas. Parece una página de las confesiones de San Agustin ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de